

Querida esposa e hijo: Estoy en estos momentos sentado en la cama (no porque no me pueda levantar ni mucho menos, ya que de eso dentro de unos momentos vamos a tratar), con la carta que recibí el martes (la tuya) delante de mis ojos. La he vuelto a leer (la he leído muchas veces) y cada vez encuentro en ella cosas nuevas. Del leerla me he puesto contento, muy contento y al final una lágrima me sentí que se asomaba a mis ojos. ¿Por qué? Claro que todo te lo pienso explicar. En primer lugar, cuando tuve la carta en mis manos, pensé que leería el porqué de tu desesperación días pasados al recibir cierta carta, tu temores, tu visita a cierta persona, en fin, todas aquellas cosas que te hirieron en el corazón y que más tarde, para no darme un pesar a mí, te callas y continuas escribiéndome como dos semanas atrás, como si nada de lo que te había sucedido en el transcurso de estos días hubiese sido digno de señalar. Pobre esposa mía! ¿Qué es lo que te dijeron? No lo puedo saber? Ah! cuando voy a tu hermano, he tenido que tirar de las orejas, pues aún que yo creo que todo había sido una mala interpretación, no me explicó yo esta ansia a disgusto. Quiero pensar que todo eso ha sido un exceso de buena fe, quizá de cariño, de... pues de otra forma no me lo podría nunca explicar. Por eso estoy esperando poder hablar con él, para que se explique. Quien le dijo que mi estado era grave? Cuando me ha visto él a dos pasos de la muerte? ¿Qué estoy enfermo? Lo sé. En también lo sabes, pues yo nunca te he querido engañar. Amérame. Te que en las comunicaciones yo siempre he dicho, que a pesar que el médico me había dicho que ya estaba casi curado, yo siempre dije que no podía ser, pues no en vano había pasado lo que había pasado. ¿Qué que es? Nada; no es ningún enigma. Ni ninguna cosa que no te haya dicho ya. Saqué bastante sangre. Sentí esas cosas que no te dieron importancia. Quizá lo hacían para engañarme, pero yo sólo sé los días que pasó tirado sobre el colchón y lo mucho que tuvo que agradecer al amigo Luis, ya que fue él quien no me dejaba un solo momento de preguntarme lo que me

me hacia falta y lo que me sucedía, a cada movimiento que yo hacía.
Porque quisiera dormir a mi lado, a pesar que fui trasladado de sitio
y colocado de forma que a un lado quedaba la pared y a la otra el. Pero
aquellos días pasaron ya, y gracias a que tú te presuponiste de suministrar
todo aquello que me era preciso, en pocos días me restablecí. Salí al cabo
de tres meses, pero una noche me pasó agitada, en la que tengo gran-
des pesadillas y por la mañana unos puntitos rojos meglados con
la saliva. Y me llevan a la enfermería. Y vienen las inyecciones que
te pedí y voy reanimándome cada día. Comunico contigo, y te pu-
diste dar cuenta que mi estado era bueno, y pocos días después re-
cibes la carta de tu hermano y te despiertas y haces cosas. El sa-
bado que viniste, ves al amigo Rodó y me lo dice. Y al otro día o el
lunes, me me acuerdo que día era, el médico oficial me dice que
lo había ido a visitar. Pasa que él te diría que tus temores
eran infundados y expuso que esto había bastado para que la tran-
quilidad renaciera en tu espíritu. Sí, querida, te argüí; yo
sigo bien y desde que estoy aquí, he mejorado bastante, ya que la
alimentación es algo más que en la galería y sobre todo la cama.
En conjunto, es otro vivir. Sai marchamusa Porta-Caeli (que quis-
e decir Puerta del Cielo), ves ya que me pondré bien del todo.
Que es que ya estás enterada de lo que tú querías que yo ignorara,
pues en tu carta (que tantas cosas me dice) nada me dices de
esto hecho. Pobre querida mía, querías el dolor para ti sola. Pe-
ro yo lo he compartido contigo. Espero que no te dejarás impresio-
nar más por lo que te puedan decir. Cuando yo verdaderamente
necesito el auxilio de algo, aún que sólo sea de un consuelo, no
dudas que será a ti en quien se dirigirá tu esposo y compañeros.
En esposo y compañeros. Te das fijado lo que me escribo? Sí
te lo digo, es porque yo me he fijado que en la letra escribo
"esposa o compañeros". ¿Que es eso, querida? ¿Que andas con

estas? Es que me soy tu esposa! Claro que yo no quiero otra compañera que tú. Dónde la podría hallar, tan dulce, tan buena, tan seria. Qui es que quisiera que me aclarases este concepto. Que pensamiento he hecho que tu pluma escribiese "esposa o compañera"? Las dos cosas a la vez, de acuerdo.

Porque te quierro, me dices, es por lo que fui al Banco para ver si se podía hacer algo por ti. Por que me quierres. Lo que me lo es ya que me quierres? ¡Amades! cada día que para estos mis señores vida que estás injustamente en la cárcel. Lo que hay vivido por un corto momento, que durante el movimiento he hecho algo que merezca el castigo más mínimo?

Dices que no me podrías decir según que cosas porque mi pensamiento corre demasiado. No, Dolores, dimelo todo, y no heces que lo tenga que adivinar. Quisamos en que seas buena muchacha y en que así lo harás. No creas que porque esté encerrado y apartado del exterior, ignore lo difícil que está la vida y lo que hay que sufrir para vivir. No lo ignora, ni yo ni ninguno de los que estamos encerrados. Y por eso te pregunté por las pastas que me mandaste. Es una prueba más de tu cariño. Me obsequias cuando sabes que te hacen falta los diez reales para otra cosa. Pero has querido obsequiarme al igual que se obsequia a la novia en aquellos días en que querremos que se dé cuenta de nuestra presencia. Si, Dolores, así lo has hecho tú. Me has creído postrado en la cama, amarillo, desgarrado, con un poco de tís (oh, que romántico!) y por eso me has mandado unos dulces. Para que al paladar, al notar el azúcar, me hablara de ti. De tu dulzura. No, Dolores, ni estoy tan amarillo, ni postrado, ni tengo tís, ni desgarrado. Como mucho y con poca más, juego al ajedrez (a falta de poder jugar contigo),

leo, río, paseo por el patio y me como mucho y bien, y sueño, sueño color de rosa. Sueño contigo. Pues es cuando me despierto feliz. Sueño con el exterior, con espacios grandes, con el infinito. Sueño con nuestro pequeño que ya debe ser un hombre, pero yo muchas veces lo veo todavía en un camita, chupando desesperadamente al biberón. Otras veces lo veo todavía más pequeño, como cuando en la clínica lo tenía en mis brazos llorosos y venía el médico y yo le decía que me daban ganas de tirarlo por la ventana pues estaba parto de tanta rabia. ¿Te acuerdas? Por aquellos días era tú la que estabas en la cama y aún que yo siempre pensé en que vivirías para que yo te pudiese amar, también había habido un momento en que mis ojos lloraban mientras el médico y las hermanas estaban agachados batallando para que la Pálida no te arrebatara de mi lado. También yo en aquellos instantes lloré; en aquellos instantes en que la alegría tenía que inundar mi corazón, pues había nacido un ser al que yo había engendrado, yo lloraba. Es por que si tenía de ser a costa de tu vida... pero te salvaré, como yo me salvaré, no lo dudes, que nos quedaran muchas horas de felicidad que vivir juntos.

Y me voy a mentar que se termina el papel. Bien. Creo que lo principal ya te lo he dicho. Se buena muchacha. No te dejes impresionar. Sabes si mi padre ha recibido la carta que le mande hace unos 15 días? Ah! me olvidaba de decirte el porque me había hecho tanta impresión el final de tu carta. Por el recuerdo que has tenido para mi pobre madre. Si supieras lo mucho que me ha pensado en ella! Pero espero poderle contar todo a no tardar y me la cabeza apoyada en tu regazo. Mil besos a Daniel y uno solo para tí.

Orvilari